Sin embargo, volvemos á nuestro argumento: un simple mortal que quiere hacerse pasar por Dios, es un impostor; y si para consumar su impostura recurre á falsos milagros, es un vil charlatan, un aventurero audaz.

Esto es incontestable, y solamente dejan de resistir su necesidad lógica los semi-incrédulos, en quienes un resto de fé hace rechazar aquel principio, por el horror que les causa la posibilidad de aplicarlo á Jesucristo; su incredulidad no se halla resuelta, tienen miedo á su propia sombra: son unos inconsecuentes con quienes no queremos cuestionar.

Pero para un verdadero fiel ó un sincero incrédulo, la admision de semejante principio no debe envolver repugnancia alguna: no debe envolverla para el primero, porque no puede aplicarse á Jesucristo; ni para el segundo, porque no ve en Jesucristo mas que un simple mortal.

Sentado este incontestable principio, abramos el Evangelio y recorrámoslo con imparcialidad, si es posible, teniendo únicamente á la vista esta aplicacion. Fijémonos bien en la idea de que Jesucristo no es Dios, y penetrémonos del verdadero sentimiento que deben inspirar tantos pasajes en que se arroga el título, los derechos y el poder de tal.

Por ejemplo:—Cura Jesus á un paralítico en sábado, y los judíos lo acusan de haber violado el descanso de este dia. Jesus responde: " Mi Padre, cuya accion es incesante, no conoce sábado. Igual es mi accion." (1)

Los judíos toman estas palabras literalmente, y "siguen queriendo matarlo, porque no solamente quebranta el sábado, sino tambien porque á esta violacion añade la audaz blasfemia de decir que su Padre es Dios, HACIENDOSE IGUAL A DIOS." (2)

¿Qué les responde Jesucristo? ¿Va á retroceder á la vista de esta sacrílega comparacion? Oigámosle:

"EN VERDAD, EN VERDAD os digo, que todo lo que el Padre hiciere, lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo, y le da poder de hacer todo lo que él hace, y os mostrará en su persona obras mas admirables todavía. Porque así como el Padre resucita á los muertos y les da vida, así el Hijo da vida á los que quiere. *Hay mas:* El Padre no juzga á ninguno, pues ha dado al Hijo *toda la potestad* de juzgar, para que TODOS HONREM AL HIJO COMO HONRAN AL PADRE.... (3) No os maravilleis de esto, porque vendrá un dia en que todos los que están en los sepulcros saldrán de ellos á la voz del Hijo de Dios; los buenos para recibir su recompensa, y los malos su castigo...."

Poned estas palabras en boca de cualquier otro que no sea Jesucristo: figuraos que las oís por primera vez, y decid, ¿tendríais á su autor por un hombre cuerdo? O si por otra parte no pudiéseis negarle á este hombre capacidad y talento, ¿no os indignaríais contra una impostura tan odiosa y un orgullo tan sacrílego? Y en fin, si lo viérais tomar las maneras de un charlatan y echar mano de falsos milagros para acreditar su impía pretension; si viérais que el pueblo seducido le sigue á todas partes, lo aplaude y diviniza; si viérais que la mas negra impostura y la mas grosera supersticion van invadiendo todas las imaginaciones y usurpando todos los derechos de la razon y de la verdad, ¿no os indignaríais y horrorizaríais contra el autor de semejante engaño?

Figuraos, no obstante, que venciendo la repugnancia que os inspira, y deseando ver hasta dónde llega su locura ó su audacia, seguís á las turbas, y lo veis distribuir pan y vino á sus discípulos dirigiéndoles estas palabras: "Tomad y comed, este es mi cuerpo; bebed todos, esta es mi sangre.—En verdad os digo que mi cuerpo es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida.—El que no coma mi carne ni beba mi sangre, no poseerá la vida en sí mismo.—Yo soy el pan vivo bajado del cielo, etc."—Nosotros lo confesamos francamente: la repugnancia que semejante espectáculo nos causaria, es superior á toda comparacion.

Sin embargo, hay una cosa que le pondria colmo, y seria oir al impostor hablar á cada instante de la verdad, llamarse á sí mismo LA VERDAD, y fulminar, lo mismo que la verdad, rayos contra los hipócritas é impostores.—Cuanto mas bella y seductora fuese su moral, mas resaltaria la impostura de su pretension y de sus obras; y, favoreciéndole en apariencia, pondria mas de manifiesto su carácter de hipocresía y falsedad.

He aquí la espontánea é invencible impresion que el Evangelio y el carácter de su héroe deben hacer en cualquiera que no crea en su divinidad. Desde el principio al fin, á cada página, habla de verdad, y manifiesta pretensiones y actos que, si no son de un Dios, son de un impostor. No se funda esta alternativa en una ó en dos acciones, sino en toda la vida de Jesucristo.

Una sola accion de Sócrates, la última, deslustró la sabiduría de toda su vida y principalmente de su muerte. Es inconcebible cómo muriendo por la santa causa de la verdad divina, termina su sacrificio por un acto de idolatría y de supersticion, mandando que se inmole un gallo en los altares de Esculapio. Semejante acto de infidelidad á sus principios permanecerá eternamente sobre su memoria, como una mancha que oscurecerá todo su brillo.

Si Jesucristo no es Dios, debe de ser otra cosa bien distinta, pues toda su vida está llena de actos mil veces mas inconciliables con sus principios que la única accion que se echa en cara á Sócrates. Los principios de Jesucristo son el establecimiento del reino de la verdad, de la humildad, de la caridad y de la adoracion pura en espíritu y verdad; y he aquí que, haciéndose honrar como á Dios, constituyéndose en motivo y fin de todas las virtudes que enseña, las viola de la manera mas insigne, y da en su persona un ejemplo monstruoso, fuerza es decirlo, de impostura, de orgullo, de egoismo y de idolatría. Es peor que la inmolacion de un gallo á Esculapio: es la verdad inmolada á sí mismo, y esto no una sola vez y accidentalmente, sino del modo mas sostenido y sistemático, por todos los actos de su vida y hasta en su misma muerte.

(1) *Pater meus usque modo operatur, et ego operor.* Joan., cap. 5, v. 17.
(2) Joan., cap. 5, v. 18.
(3) Joan., cap. 5, v. 23.

Leed principalmente en S. Juan el discurso y oracion que hace despues de la cena la víspera de su muerte. Si es Dios, no hay nada mas sublime: es el epítome, la quinta esencia de la verdad y del amor. Si no es Dios, toda aquella oracion llena de rasgos que suponen su divinidad no es mas que una parodia sacrílega, una amalgama de espresiones ininteligibles, falsas y blasfemas.

Con grandísima esactitud dijo, pues, Rousseau, que: *Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesus son de un Dios.* Queriendo hacer el elogio de Jesus, era lo menos que podia decir; era necesariamente lógico que llegase hasta aquí; una vez empeñado en la comparacion de Jesus con Sócrates, no podia salir del empeño sino proclamando su divinidad; de lo contrario, Jesus lo hubiera perdido todo en este paralelo, y la misma razon que hacia que se reprochase á Sócrates la última accion de su vida, hubiera atraido sobre Jesucristo la reprobacion de todos los amigos de la verdad.

Si Jesus no fuese el verdadero Mesías, el hijo y el igual de Dios, ¿qué mas seria que aquellos falsos Mesías que aparecieron en su tiempo, Desiteo, Simon Mago, Menandro y Barcocebas? Si nadie vacila en condenar la impostura de estos últimos, ¿por qué inconsecuencia se consagra la de Jesus?

Jesus se salió con la suya, se dirá, y los otros sucumbieron en su empeño.—¡Se salió con la suya! ¡Y por esto veis en él á un sabio! ¡Y por esto le honrais ...! ¿Qué es esto? por esto mismo deberíais despreciarlo mas.—¿En qué se salió con la suya? En hacerse pasar por Dios, en hacerse adorar como tal por espacio de diez y ocho siglos en todo el universo; es decir, segun vosotros, incrédulos en su divinidad, que se ha salido con la suya en su impostura, la cual ha perpetuado y propagado, y que su ultraje á la verdad es tanto mas enorme, cuanto mas inveterado é incurable es. Lejos de rehabilitarlo, es este mismo écsito quien lo acrimina. Si el incrédulo es consecuente consigo mismo, su indignacion y horror deben aumentarse en la misma proporcion del triunfo del impostor. *¡Destruyamos al infame!* Tal debia ser el grito de su conciencia y de su razon, y al proferirlo tuvo al menos el mérito de la franqueza.

Estas palabras de Voltaire hablando de Jesucristo son el reverso de aquellas otras con que deducia Rousseau su divinidad: unas y otras son preciosas como espresion y como prueba de la fuerza de nuestros argumentos. Prueban con energía que no es posible tener á Jesucristo respeto simplemente, y que la razon, cuando no hay ninguna preocupacion que la detenga en la pendiente de la fé ó de la incredulidad en Jesucristo, no puede dejar de acabar por adorar ó aborrecer á su persona.

—Pero sin embargo, se dirá—(y concebimos que se impugne esta conclusion, no porque ella no sea perfectamente justa, sino porque importa la alternativa de decidirse, y salir de ese estado dudoso, que no es ni la fé ni la incredulidad, estado en el cual desfallecen una multitud de inteligencias, en que padece tanto la filosofía como la religion, porque no es verdadero ni racional),—pero sin embargo, porque nosotros no reconozcamos la divinidad de Jesucristo, no podeis obligarnos á suscribir á su infamia, y poner en nuestra alma y en nuestra boca lo que está mas lejos de nuestra imaginacion: el horror, la indignacion y el desprecio por su persona. Porque al fin y al cabo, no podemos desconocer que Jesucristo dotó al mundo de una moral sublime, disipó las tinieblas de la idolatría, introdujo en la humanidad un espiritualismo santificante, emancipó de la supersticion los espíritus, de la infamia los corazones, de la esclavitud las cabezas; fundó el reino de la libertad y de la caridad, é ingertó la verdad en todas partes, en las costumbres, en las instituciones y en las leyes; imprimió al género humano una marcha civilizadora, que sigue aún vigorosa y lozana despues de diez y ocho siglos; hinchó la tierra de las maravillas de su virtud, salvó y salva incesantemente al mundo.—Estos son sus títulos á nuestro respeto, á nuestra admiracion, á nuestro reconocimiento;—no podemos desconocerlos ni olvidarlos sin desconocernos y olvidarnos á nosotros mismos: ¡no! nunca podreis obligarnos á que lo blasfememos.

—Adoradlo, pues:—acabais de esponer los títulos que á ello os obligan, y de cerraros la vuelta á la incredulidad.

—Pero ¿por qué?

—Vamos á decirlo:

Todo cuanto acabais de decir en favor de Jesucristo, nada es si no reconoceis su divinidad. En efecto, todo el Evangelio, su moral, sus luces y virtudes emanan directamente del principio de que Dios intervino misericordiosamente con Jesucristo para rescatar al género humano. El dogma de la redencion, la cruz: he aquí el Evangelio, he aquí el cristianismo. Creemos haber demostrado en nuestros estudios sobre la *Redencion* las sublimes ideas que de Dios y de sus atributos nos ha dado el cristianismo: de su justicia, de su santidad, de su grandeza y de su misericordia;—las no menos profundas que nos ha dado de nosotros mismos, de nuestra miseria, de nuestra grandeza, de nuestro estado primitivo, actual y futuro; nuestras relaciones absolutas con Dios, con nosotros mismos y con los demas hombres: todas esas magníficas nociones que han cambiado la faz del mundo, y todas las causas que las han puesto en accion en la humanidad, no son mas que emanaciones, irradiaciones del grande sacrificio del HOMBRE-DIOS. El mundo cambió, no tanto por lo que dijo como por lo que hizo Jesucristo, y no tanto por los hechos de su vida como por el grande hecho de su muerte. Su moral evangélica es una moral en accion, y el teatro de esta accion es la cruz, y su actor necesario un HOMBRE-DIOS. Por esto vemos que en todo el curso de su vida apela Jesucristo continuamente á

su muerte como al objeto de su mision y al principio de su resultado. Habla de ella incesantemente, todo cuanto dice la supone, no hace mas que ir preparando su aplicacion, esperando á que suene la hora de su *consumacion*, y aplaza para esta hora la conversion de todo el universo. *Quando exaltatus fuero á terra omnia traham ad me ipsum.*—He aquí el Evangelio: tomadlo, y leedlo, y en todo él no descubrireis mas que esto. En este sentido es y ha sido siempre admitido, entendido y practicado en todas partes hasta nuestros dias; y si ha producido todos los frutos que tanto admirais, y si en la actualidad los produce todavía, es porque esto es real y efectivo, es decir, porque Jesucristo es Dios.

Por consiguiente, cuando admirais las maravillas del cristianismo, no haceis mas que admirar los resplandores de la divinidad de Jesucristo: y si aquellos son verdaderos, esta lo es tambien.

¿Direis que esta divinidad no es mas que una sublime hipótesis, inventada por el mismo Jesucristo para dar un fundamento á su sistema, y hacerlo admitir por el género humano?

¿Sabeis lo que decís? ¡Una hipótesis! Es decir, una cosa que no se apoya en nada: tal es á vuestros ojos el fundamento de ese cristianismo que tanta admiracion os causa. Pero ese mismo cristianismo no es otra cosa que la revelacion de la divinidad de Jesucristo. Es esta misma divinidad aplicada al mundo como un modelo segun el cual la humanidad debe reformarse. Por consiguiente, si esta divinidad es una quimera, el cristianismo debe serlo igualmente; y sin embargo, lo teneis por una magnífica realidad. Estais embelesados al contemplar todo lo que contiene de verdad, de vida y de fecundidad en su seno. Poned en acuerdo vuestras ideas. Lo que hay de cierto es que si negais la divinidad de Jesucristo, negais toda la ciencia y toda la virtud de la cruz, y que si negais la ciencia y la virtud de la cruz, nada os queda del cristianismo. Todas estas cosas están unidas y encerradas, por decirlo así, con Jesucristo, en el altar de su sacrificio.

Ademas, ¿no conoceis que *la hipótesis* de la divinidad de Jesucristo, que no hubiera debido entrar en su obra sino como medio ausiliar, habria usurpado estraordinariamente su fin, y habria hecho pagar muy caro el ausilio que le habria prestado? ¿Cuál es, en efecto, el objeto del cristianismo, sino arrancar el mundo á la idolatría, restablecer el culto del Dios verdadero, *la adoracion pura en espíritu y verdad*, é inspirar al mundo todas las virtudes que son su consecuencia: la fé, la esperanza, la caridad, la humildad, la penitencia? Si Jesucristo no era Dios, ¿no está claro que haciéndose adorar como tal, fundaba en su persona el reino de la idolatría, perjudicaba al culto del verdadero Dios, consagraba el error y la mentira, confiscaba en provecho propio todas las virtudes que inspiraba, las engañaba y violaba, sustituyéndose á su fin lejítimo, y abusaba monstruosamente, preciso es decirlo, de lo mas sagrado que hay en el corazon del hombre: la fé, el desinteres, el amor?.... ¡Cosa horrible! Nosotros nos representamos todos los sacrificios que se hicieron, que se hacen y se harán en el mundo al solo nombre de Jesucristo; todos esos millones de mártires, cuya sangre purpuró la tierra; todos los suplicios y torturas que sufrieron, y todo por la falsu persuasion de que Jesucristo era Dios! ¡Jesucristo autor de esta falsa persuasion!!! ¿Es posible semejante impostura? ¿No está en palpable contradiccion con el carácter dulce, humano y verídico de Jesucristo? ¿Puede conciliarse con el respeto y admiracion que sentimos por su persona? ¿Hubiera logrado tanto crédito y un écsito tan feliz, y seria aún en la actualidad, despues de diez y ocho siglos, la clave del cristianismo y de toda la civilizacion que de este procede?.... ¿No veis que esto es tocar hasta lo imposible y lo absurdo, y que á fuerza de no querer creer delirais?

Pero no está aún todo aquí:

La divinidad de Jesucristo, se dice, no habria sido mas que una sublime hipótesis imajinada para hacer admitir su moral.—Está bien; pero ¿quién habria hecho admitir esta hipótesis?....

Se concibe una ficcion que halague las disposiciones de aquellos á quienes se dirige, entre en sus miras, y los conduzca por medio de seductores artificios á un resultado ventajoso que al principio les hubiera repugnado; ¡pero una ficcion que repugna tanto como el resultado, mas que el resultado!!! Esto es evidentemente contradictorio.

¿De dónde nacen todas las resistencias que encontró el cristianismo en el mundo desde el levantamiento de los judíos contra Jesucristo, hasta la incredulidad que en este momento estamos combatiendo, sino de que Jesucristo fué propuesto como Dios?.... El incrédulo admite el resultado del cristianismo, su moral, sus instituciones civilizadoras, &c.; las admira y las aplaude; son el fundamento de su respeto y reconocimiento por Jesucristo. *Una sola cosa* lo subleva y rebela: la divinidad de Jesucristo. Y sin embargo, por la mas singular contradiccion, esta divinidad es lo que él presenta como el incentivo seductor, por cuyo medio habria Jesucristo atraido á sí el mundo. No conoce que el sentimiento de incredulidad que le obliga á hacer la objecion, la vuelve contra él mismo.

Lo dificil en el cristianismo, ó mejor, lo imposible, humanamente hablando, estaba precisamente en hacer ver, en hacer adorar á Dios, el Señor de cielos y tierra, en un hombre puesto en cruz. Principalmente respecto del universo pagano, lejos de ser esto un medio de buen écsito, era el grande obstáculo, la grande é insigne *locura*. Es verdad que este mismo obstáculo, una vez vencido, se convertia en un medio; pero para vencerlo se necesitaba un medio superior á todo obstáculo; y si para hacer creer en la moral era preciso hacer creer en la divinidad de su autor, para hacer creer en la divinidad de su autor contra toda apariencia de razon, contra todos los instintos de la naturaleza, todas las preocupaciones y todos los intereses, y con toda esa fuerza, esa rapidez, esa universalidad, esa perpetuidad y esa intensidad soberana que de todo triunfó, se necesitaba nada menos que esta misma divinidad.

Ninguna salida le queda, pues, á la incredulidad para evadir las imposibilidades de su sistema.

La conducta y la obra de Jesucristo se concuerdan de una manera desoladora para su razon, y no le dejan mas que la eleccion de las inconsecuencias, ó mas bien las acumulan para hacérselas devorar todas á las vez.

Inconsecuencia en ver un sabio por escelencia en un hombre que habia llevado la demencia ó la impostura hasta el punto de confundirse con la divinidad, fingir su poder, usurpar sus adoraciones y ecsigir sus sacrificios.

Inconsecuencia en ver un insensato ó un impostor en el autor de la mas pura y sublime moral que jamas se haya conocido, á quien el mundo civilizado venera como á un acabado modelo de perfeccion, como al tipo de la sabiduría y de la verdad.

Inconsecuencia en ver ambas cosas en una misma persona, y para evadirse de reconocer en Jesucristo á un Dios Hombre, ver necesariamente en él un sabio y un loco, un justo y un criminal.

Inconsecuencia, por último, en atribuir el triunfo mas prodigioso que en el mundo se ha visto, á una grosera impostura, que ademas de los obstáculos esteriores que hubiera tenido que vencer de una manera humanamente inesplicable, los habria llevado en sí misma que hubieran debido confundirla aun cuando todo hubiese concurrido á favorecerla.

De este modo se ve la incredulidad obligada á admitir sucesivamente y aun á la vez el sí y el no, el pro y el contra, la mentira y la verdad, la luz y las tinieblas, y á abrazarlas y unirlas monstruosamente en su razon.

Pero esta razon rechaza al fin tantas inconsecuencias, y volviendo á su libre ejercicio, se asegura á sí misma que teniendo necesariamente que optar entre la divinidad y la impostura en Jesucristo, no puede vacilar en abrazar la creencia en su divinidad.

La divinidad en Jesucristo no se presenta rodeada de misterios.

La impostura en Jesucristo se presenta erizada de dificultades.

Los misterios que corresponden á la divinidad de Jesucristo son de la esencia de la misma divinidad, y pertenecen á un órden sobrenatural, que debe necesariamente envolverlos, y en el cual la razon debe admitirlos.

Los absurdos que en sí trae la impostura en Jesucristo, trastornan el órden natural de las cosas que mas pertenecen al resorte de la razon, y en el cual esta misma razon no puede admitirlos sin negarse á sí misma.

La incredulidad se figura hacer un acto de independencia rechazando la creencia en la divinidad de Jesucristo, y no repara en que no puede hacerlo sin caer desde luego bajo el yugo de la creencia en su impostura, mil veces mas costosa á la razon.

La cuestion no está en creer ó en no creer, sino en creer esto ó aquello.

Si creer es admitir lo que no comprendemos, es incontestable que no comprendemos la impostura en Jesucristo, y que en este sentido hay creencia como en el caso de admision de su divinidad.

Pero hay la enorme diferencia de que creer en la divinidad de Jesucristo es creer en lo que por su naturaleza *debe ser incomprensible;* en un fenómeno puramente divino; en lo que es simplemente superior á la razon sin contradecirla; en lo que, en una palabra, es del verdadero dominio de la creencia, porque no lo es del de la razon.

Creer empero en la impostura de Jesucristo, es resignarse á no comprender una cosa que por naturaleza *debe ser comprensible:* un fenómeno puramente humano; es cegar por antojo la razon y ponerla en entredicho consigo misma; mas que todo esto es admitir lo que se comprende muy bien; pero que *se comprende muy bien ser falso é imposible*, es ir contra las mismas luces de la razon.

El que la fé cristiana sea esencialmente racional, aunque su objeto sea incomprensible, consiste en que su contrario es absurdo.—A mas de que su objeto no es nunca tan incomprensible que no sostenga admirablemente por sí mismo su divinidad á los ojos de la razon.

Pondremos fin al presente estudio con una opinion célebre sobre la gran verdad que es su objeto, con la opinion de Napoleon sobre Jesucristo.

Todo el mundo sabe que al fin de su vida, y durante aquel intervalo que medió entre el trono y la tumba, aquel grande hombre, grande por la naturaleza y por la fortuna, y doblemente instruido por la prosperidad y los reveses, se ofrecia á sí mismo, desde el fondo de su destierro, el grande espectáculo de las cosas humanas, y que empleaba en juzgarlas aquella actividad que habia poco antes dispuesto de sus destinos. Desde la elevacion de su genio y de su fortuna, y á la distancia en que esta lo habia colocado de la escena del mundo como para hacerle conocer su perspectiva y dejarle ver con anticipacion los juicios de la posteridad, su escudriñadora mirada recorria el campo de la historia, y mirándose en él á sí mismo el primero, comparaba todas las grandezas con la suya, y se mezclaba familiarmente con las mas ilustres.

Una sola lo detuvo y le pareció tanto mas sobrehumana cuanto que lo escedia infinitamente. Celoso, no obstante, como uno de los mas orgullosos representantes de la humanidad, de no dejarse imponer por ella, pero colocado en una situacion en que no queria ver mas que la verdad, aplicó al juicio de esta singular grandeza toda la esperiencia que poseia de los hombres y de las cosas, y en particular la del arte del triunfo, que tantas veces habia empleado por sí mismo, y cuyos secretos habia agotado. Hizo mas: evocó todos los que habian sobresalido en este arte entre los hombres, y les pidió analogías para la solucion que buscaba. Mas todo fué pueril y vano: no tardó en conocer que no podia hacer ningun parangon, y que al lado del poder que queria juzgar, todo poder humano no era mas que nada; y él, que se conocia bien, y que conocia á los hombres, como el centurion del Calvario, pronunció que Jesucristo era Dios.

Hé aquí ese juicio por tantos títulos precioso, por su objeto, por su autor, por la ocasion y por el lugar en que fué pronunciado. Al leer sus razones